

La Santa Sede ante la Segunda Guerra del Golfo

El minúsculo Estado Vaticano está dotado de un cuerpo diplomático con representación en casi todos los países del mundo y con una experiencia de siglos que supera a la de la inmensa mayoría de los Estados. Esta diplomacia entró en juego en cuanto empezaron a concretarse las amenazas de una Segunda Guerra del Golfo, encabezada por el obispo de Roma. Si en alguna otra ocasión la diplomacia vaticana había sido objeto de críticas dentro y fuera de la Iglesia, en ésta ha suscitado amplísimos consensos, sin distinción de continentes, religiones o culturas.

En menos de cuatro semanas, Juan Pablo II recibió a tres jefes de gobierno occidentales (Blair, Aznar y Berlusconi); a Kofi Annan, secretario general de la ONU; a Tareq Aziz, viceprimer ministro iraquí; a Reza Jatami, vicepresidente del Parlamento iraní, y a Joschka Fischer, ministro alemán de Asuntos Exteriores. No eran meras visitas de protocolo: el Papa, con una voz y unas fuerzas renovadas, daba muestras de dominar los dossiers, hacía horas extras (recibió a Kofi Annan a una

hora absolutamente inhabitual en el Vaticano) o desplegaba ostensiblemente sobre su mesa, al recibir a Tareq Aziz, un amplio «apunte» preparado por la Secretaría de Estado.

La gran ofensiva encabezada por el mismo Papa había comenzado cuando, el 13 de enero, recibió a los 178 embajadores y jefes de misión acreditados, sin que faltara uno solo a la cita, con ocasión de la felicitación del nuevo año. El pontífice apeló al derecho internacional como al primero de los *«medios dignos del hombre y de las naciones para solucionar sus contiendas»*.

Una diplomacia realista y bien informada

La oposición frontal a la guerra que ha manifestado la Santa Sede nada tiene que ver con un irenismo cómodo o espiritualista. De hecho, no se ha escuchado ninguna acusación en tal sentido. Tras la audiencia al premier británico Blair, el portavoz del Vaticano, Navarro Valls, calificó de *«grave situación»* la existente en Irak. Por ello, la Santa Sede reiteró al viceprimer ministro iraquí la necesidad de respetar fielmente, con compromisos concretos, las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU y utilizó, para recibirle, un protocolo calculadamente sobrio.

Igualmente, el cardenal Etchegaray, presidente emérito del Consejo Pontificio «Justicia y Paz», tras su encuentro con Sadam Husein, declararía: *«Hemos valorado si en estos momentos se ha hecho por parte de todos, y no sólo por parte de Irak, todo lo posible para evitar la guerra»*; y, a su vuelta a Roma, tras calificar a Sadam de *«interlocutor difícil»*, añadió sin embargo: *«Yo no me he callado nada»*.

Respecto al bando opuesto, el Vaticano mantenía las mismas distancias. Mons. Renato Martino, presidente de «Justicia y Paz», no tuvo el menor reparo, como tampoco lo tuvieron diplomáticos de otros países, en declarar que *«las pruebas presentadas por Powell a la ONU [para demostrar que Irak no cumplía las resoluciones del organismo internacional] no me parecen convincentes»*. El inspector de la ONU,

H. Blix las juzgó *«sin fundamento»* y observadores no obligados a los usos del lenguaje diplomático las consideraron sencillamente *«falsas»*.

El cardenal Laghi, amigo personal de la familia Bush y nuncio en Washington de 1990 a 1998, fue el enviado especial escogido por Juan Pablo II para instar al presidente norteamericano *«a evitar la guerra y a encontrar una solución pacífica al problema del desarme iraquí»*, una guerra que se condenaba sin paliativos como *«ilegal e injusta»*. El enviado del papa prometió, además, que, si se recurría a la fuerza, el Santo Padre haría oír su voz. Pero, desde un principio, la esperanza de recibir por parte de la Casa Blanca una acogida favorable a tal mensaje era prácticamente nula. Algunos reporteros no dejaron de recordar que el día de la fallida entrevista con el presidente Bush se cumplía el 50 aniversario de la muerte de Stalin, quien había respondido a la dura condena del comunismo por parte de Pío XI con el conocido desplante: *«¿Cuántas divisiones tiene el papa?»*

La Santa Sede se había fijado tres objetivos fundamentales: apoyar a fondo el derecho internacional y a la ONU como su instrumento principal; hacer un llamamiento a la conciencia moral de las naciones y sus gobernantes y evitar que, de producirse la guerra, ésta pudiera aparecer como una confrontación entre culturas y, sobre todo, entre el cristianismo y el islam.

Respeto a la legalidad internacional

«Nunca más la guerra», el grito de Pablo VI en la Asamblea General de la ONU en octubre de 1965, no había sido pura retórica ni un mero deseo piadoso. Aunque salido del fondo del alma, descartaba la guerra como un recurso propio de épocas oscuras, aunque recientes, de la humanidad y completamente superado ahora que la humanidad se ha dotado de unos instrumentos eficaces para resolver los conflictos internacionales.

«Todo debe ser tratado en el cuadro definido por el derecho internacional (...) Ninguna regla del derecho internacional autoriza a uno o más Estados

a recurrir unilateralmente —e insisto sobre este punto— unilateralmente al uso de la fuerza para cambiar un régimen o la forma de gobierno de otro Estado, porque, por ejemplo, poseyese armas de destrucción masiva», declaraba Mons. Tauran, secretario para las Relaciones con los Estados, el 24 de febrero. Y proseguía: *«La Santa Sede, como el resto de la comunidad internacional, está profundamente preocupada por la presencia de armas de destrucción masiva no solamente en Oriente Medio, sino también en otras partes del mundo».* En esa misma alocución, el jefe de la diplomacia vaticana citaba la frase pronunciada por Pío XII el 24 de agosto de 1939, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial (una contienda —no conviene olvidarlo— iniciada por Hitler): *«Nada se pierde con la paz, todo puede perderse con la guerra».* Y resumía de la siguiente manera la disyuntiva ante la que se encontraban los políticos: *«Se trata hoy de escoger entre la ley de la fuerza o la fuerza de la ley».*

El discurso de Mons. Celestino Migliore, observador permanente de la Santa Sede ante la ONU, en la reunión del Consejo de Seguridad sobre Irak del 20 de febrero, envuelto todo él en finísimo terciopelo diplomático, no fue menos firme a la hora de recordar *«la abundancia de instrumentos pacíficos que ofrece el derecho internacional»* y la *«reprobada reintroducción de la guerra como medio de resolver situaciones insostenibles»*, y al expresar *«su apoyo [de la Santa Sede] a los esfuerzos de la comunidad internacional por resolver la crisis en el ámbito de la legalidad internacional».*

La Santa Sede ha evitado en todo momento los calificativos con que se adornó en el pasado y se sigue adornando en el presente a la guerra: justa, preventiva, inteligente, inevitable o humanitaria. *«La guerra es siempre una derrota para la humanidad»*, sentenciaba solemnemente Juan Pablo II en enero pasado ante el Cuerpo Diplomático (¿hablar de «guerra justa» no equivale, en el fondo, a justificar los medios por el fin, como acostumbran hacer los terroristas?). *«Jamás el futuro de la humanidad podrá verse asegurado por el terrorismo y la lógica de la guerra»*, insistía de nuevo el Papa, el miércoles de Ceniza con motivo del ayuno por la paz, en un emparejamiento de guerra con terrorismo, sin duda dirigido hacia quienes pretenden curar a la humanidad de la enfermedad

del terrorismo empleando un remedio peor que la enfermedad. «*La guerra no es más que la última y la peor de todas las soluciones*», insistía Etchegaray en Bagdad.

Llamada a las conciencias

Recordar a las víctimas sitúa la cuestión en el plano moral, no en ese pretendido plano moral del juego dialéctico de los conceptos o los debates políticos, sino en el plano del sufrimiento concreto y la muerte injustificada de unos seres humanos con los mismos derechos que cualquier otro. La diplomacia vaticana, si no es la única (cabría pensar que lo es, porque ni los telediarios ni la prensa parecen reflejar la existencia de tales preocupaciones en otros ambientes), es seguramente la que más ha insistido en el sufrimiento de las poblaciones civiles, concretamente en «*el sentimiento de miedo que atenaza el corazón de nuestros contemporáneos*», en «*la población de Irak, ya extenuada por más de doce años de embargo*» (Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático), en la «*angustia*» de las poblaciones de Bagdad amenazadas (Etchegaray).

Los diplomáticos de la Santa Sede pueden incluso parecer un tanto ingenuos ante la opinión mundial y, sobre todo, ante los grandes estrategias del momento cuando no dudan en dirigirse a las conciencias de quienes tienen en sus manos la paz y la guerra. El cardenal Etchegaray, de vuelta de Bagdad, quiso dejarlo bien claro: «*La mía ha sido una misión moral, no política*». El Papa, por su parte, en su mensaje del Miércoles de Ceniza, evocaba dos dimensiones tan importantes de la experiencia moral como son la convivencia humana y la felicidad: «*Nunca podremos ser felices los unos contra los otros*», recordaba.

Semejante insistencia en la dimensión moral del conflicto, lejos de desentonar, ha sido recibida con aprecio, como un vacío que finalmente alguien se preocupaba por llenar. Un diario madrileño, poco dado a elogiar a los medios eclesiales, editorializó que es «*conveniente que una instancia como la Iglesia, menos condicionada en este sentido, exprese con claridad los criterios morales que pone a prueba una guerra*».

Lamentablemente, el escándalo de los clérigos pederastas y la ocultación de sus abusos por parte de quienes debieron denunciarlos y atajarlos ha restado autoridad moral a la Iglesia católica precisamente en EE UU, el país que tomó la iniciativa de la llamada «guerra preventiva» contra Irak y que, por lo mismo, más necesitaba una orientación moral firme en el tema de la guerra.

La llamada a las conciencias se hizo más angustiosa el domingo 16 de marzo teniendo como telón de fondo la Cumbre de las Azores, de la que saldría el ultimátum de Bush, Blair y Aznar. A la hora del *Angelus*, Juan Pablo II exhortó a los líderes políticos, tanto a los de Bagdad como a los miembros del Consejo de Seguridad, a «*reflexionar sobre los propios deberes*» recordándoles que la fuerza «*debe ser el último recurso, después de haber agotado todas las soluciones pacíficas*» (fuera de este supuesto, para el Vaticano estaríamos ante «*una guerra de agresión*»), alertó sobre las «*tremendas consecuencias [de la guerra] para las poblaciones de Irak y para el equilibrio de toda la región de Oriente Próximo*», e improvisó para recordar, en su calidad de testigo de la Segunda Guerra Mundial, todos los horrores de la guerra. Según declaraciones del cardenal Pío Laghi al *Corriere della Sera*, el Papa estaba ese día muy preocupado por el hecho de que sólo tres líderes políticos se atrevieran a tomar la decisión de emprender la guerra. Con semejante decisión, los tres se situaban fuera no sólo de la legalidad internacional, reflejada en la Carta de las Naciones Unidas, sino también fuera de la de sus respectivos Estados, que la habían incorporado a su propio sistema legal.

Evitar una guerra de civilizaciones o de religiones

Fundamentalistas cristianos y musulmanes, empezando por los dos jefes de Estado más directamente enfrentados en el conflicto irakí, han utilizado, en los prolegómenos de esta contienda, el nombre de Dios y han desenterrado un término de triste recuerdo: la cruzada. Semejante manipulación puede tener gravísimas consecuencias para el entendimiento entre las diversas religiones, sin el cual la paz mundial es imposible. Atajar este gran peligro ha constituido el tercer objetivo de la acción diplomática de la Santa Sede.

A una delegación de la organización «Gerakan Moral Nasional Indonesia», el 20 de febrero, el Papa confiaba: *«No debemos permitir que la política se convierta en fuente de nuevas divisiones entre las religiones del mundo. Ni la amenaza de guerra ni la guerra misma deberían ser utilizadas para enfrentar a cristianos, musulmanes, budistas, hinduistas y miembros de otras religiones»*. Unos días más tarde, Juan Pablo II recibía a Seyyed Mamad Reza Jatami, vicepresidente de la Asamblea Consultiva Islámica, con el mismo propósito de no permitir que las ambiciones políticas salpiquen a las relaciones entre religiones. Por su parte, el cardenal Etchegaray, en la ya citada entrevista a *La Repubblica* prevenía que, con la guerra, *«se agravarían los problemas de las relaciones entre Occidente y el mundo musulmán»*. Y el secretario de Estado, Sodano, se preguntaba: *«¿Vale la pena irritar a mil millones de islámicos?»*.

Una potencia global en materia moral

En el debate previo a la guerra entre las principales potencias interesadas, se han dejado traslucir ambiciones políticas más o menos legítimas y otras de carácter económico (en torno al petróleo) menos confesables. La gran autoridad que en todo momento ha rodeado a la Santa Sede en el tema de la guerra ha nacido sin duda de su actitud absolutamente desinteresada: sólo buscaba evitar a la humanidad unos sufrimientos innecesarios y presumiblemente amplísimos. (De paso, cabría desear que esta misma actitud evangélica de compasión, llena de realismo y cercanía a las angustias y esperanzas de los hombres, más que a los conceptos y disputas teóricas, inspire el pensamiento católico en otros temas de moral). El Papa se ha convertido en un protagonista de primer plano en el rechazo al conflicto armado. Y nadie –menos aún un católico– puede declararse sorprendido por su posicionamiento ante esta guerra, plenamente coherente con su defensa a ultranza de la vida humana contra cualquier amenaza que pese sobre ella. El *«sí a la vida»* –lo recordó una vez más en la audiencia al Cuerpo Diplomático del 13 de enero pasado– constituye uno de los tres imperativos *«necesarios si se quiere evitar que pueblos enteros, y quizás también la humanidad misma, se hundan en el abismo»*.

En estos tiempos de globalización, la Iglesia católica —o sea, universal— ha dado su talla de verdadera internacional que no se identifica con ningún interés nacional. Las Conferencias Episcopales del mundo entero (incluidas las de EE UU y España, así como los supremos jefes de la Iglesia anglicana y católica de Inglaterra) se han sumado al rechazo de la guerra y a la búsqueda de la paz, encabezada por Juan Pablo II, en total sintonía, además, con sus bases: militantes laicos, religiosas, clero y cristianos de toda índole. Más aún: la iniciativa papal de promover una «jornada de oración y de ayuno por la paz» el Miércoles de Ceniza tuvo un eco muy favorable en el mundo entero y fue secundada no sólo por el Consejo Ecuménico de las Iglesias y por numerosas confesiones protestantes, como la Comunión Anglicana y el Consejo Nacional de las Iglesias Cristianas de Estados Unidos, sino también por líderes musulmanes, organizaciones pacifistas no confesionales y personalidades de todo el arco político.

Por ello, los políticos interlocutores de la Santa Sede se han visto obligados a escuchar con respeto sus razones, porque todos tienen comunidades católicas en sus respectivos países, si es que ellos mismos no son católicos (aunque un jefe de gobierno católico haya pretendido salir al paso de la interpelación vaticana intentando reducir las tomas de posición de toda la Iglesia a meras «creencias particulares» que podían afectar a su «conciencia y vida privada», pero que de ninguna manera debían condicionar sus «responsabilidades políticas»; aunque, por otra parte, su partido hace pocos meses acogía con entusiasmo el documento vaticano acerca del «compromiso de los católicos en la vida política»). Al mismo tiempo, se ha ofrecido a los países islámicos la posibilidad de no confundir a la Iglesia católica con las ambiciones de ciertos políticos cristianos.

El Vaticano no tiene divisiones a su disposición, pero se ha mostrado como una verdadera potencia global en el terreno moral. Es una nueva responsabilidad que la Iglesia debe asumir, como *mater* más aún que como *magistra*. Como *magistra* ya se ha manifestado en muchísimas ocasiones. ■